



H. P. Lovecraft

Lo Innombrable



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LO INNOMBRABLE

H. P. LOVECRAFT

**PUBLICADO: 1923
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

LO INNOMBRABLE

Estábamos sentados sobre una ruinoso tumba del siglo XVII, en el viejo cementerio de Arkham, al caer la tarde de un día de otoño, especulando acerca de lo innombrable. Mirando hacia el gigantesco sauce del centro del cementerio, cuyo tronco casi había engullido una antigua losa ilegible, hice una observación fantástica sobre el alimento espectral e inconfesable que aquellas raíces colosales debían de estar sorbiendo de aquella tierra vetusta y mortuoria; entonces mi amigo me reprendió por decir semejantes disparates y me dijo que, puesto que allí no se habían practicado enterramientos desde hacía más de un siglo, nada podía alimentar al árbol sino de un modo completamente ordinario. Además, añadió, mi charla constante sobre cosas «innombrables» e «inconfesables» era un recurso muy pueril, muy acorde con mi humilde posición como autor. Me gustaba demasiado rematar mis relatos con visiones o sonidos que paralizaban las facultades de mis héroes y los dejaban sin valor, palabras ni asociaciones con que contar lo que habían experimentado. Conocemos las cosas, decía él, solo por medio de nuestros cinco sentidos o de nuestras intuiciones religiosas; por tanto, resulta por completo imposible referirse a ningún objeto o espectáculo que no pueda describirse con claridad mediante las sólidas definiciones de los hechos o las doctrinas correctas de la teología, preferiblemente las de los congregacionalistas, con cualesquiera modificaciones que puedan aportar la tradición y sir Arthur Conan Doyle.

Con este amigo, Joel Manton, había discutido a menudo con indolencia. Era director del East High School, nacido y criado en Boston, y compartía la satisfecha sordera de Nueva Inglaterra ante los delicados armónicos de la

vida. Sostenía que solo nuestras experiencias normales y objetivas poseen significación estética, y que la misión del artista no consiste tanto en suscitar emociones intensas mediante la acción, el éxtasis y el asombro como en mantener un interés y una apreciación plácidos por medio de transcripciones exactas y detalladas de los asuntos cotidianos. En especial, objetaba mi preocupación por lo místico y lo inexplicado; pues, aunque creía en lo sobrenatural mucho más plenamente que yo, no admitía que fuese lo bastante común como para recibir tratamiento literario. Que una mente pueda hallar su mayor placer en escapar de la rueda diaria y en recombinar de forma original y dramática imágenes que el hábito y la fatiga suelen arrojar a los patrones trillados de la existencia real era algo prácticamente increíble para su intelecto claro, práctico y lógico. Para él, todas las cosas y todos los sentimientos tenían dimensiones, propiedades, causas y efectos fijos; y aunque sabía vagamente que la mente alberga a veces visiones y sensaciones de una naturaleza mucho menos geométrica, clasificable y manejable, se creía justificado al trazar una línea arbitraria y excluir de los tribunales todo aquello que no pueda experimentar y comprender el ciudadano medio. Además, estaba casi seguro de que nada puede ser realmente «in-nombrable». No le parecía sensato.

Aunque comprendía perfectamente la futilidad de los argumentos imaginativos y metafísicos contra la complacencia de un ortodoxo morador de la luz solar, algo en la escena de aquel coloquio vespertino me movió a una beligerancia mayor de la acostumbrada. Las desmoronadas losas de pizarra, los árboles patriarcales y los techos abuhardillados, centenarios, de la vieja ciudad embrujada que se extendía alrededor, todo se combinaba para levantar mi ánimo en defensa de mi obra; y pronto llevé mis estocadas al propio terreno del enemigo. No era, en realidad, difícil iniciar un contraataque, pues sabía que Joel Manton se aferraba a medias a muchas supersticiones de viejas que las personas sofisticadas habían superado hacía mucho; creencias en apariciones de moribundos en lugares distantes y en impresiones dejadas por viejos rostros en las ventanas a través de las cuales habían mirado toda la vida. Dar crédito a esos susurros de abuelas rurales, insistí entonces, suponía una fe en la existencia de sustancias espectrales sobre la tierra, separadas de sus equivalentes materiales y posteriores a ellos. Suponía la capacidad de creer en fenómenos que rebasan todas las nociones normales; pues si un muerto puede transmitir su imagen visible o tangible a medio mundo de distancia, o a través de la extensión de los siglos, ¿cómo puede

ser absurdo suponer que las casas abandonadas están llenas de extrañas cosas sentientes, o que los viejos cementerios pululan con la terrible inteligencia incorpórea de generaciones enteras? Y puesto que el espíritu, para causar todas las manifestaciones que se le atribuyen, no puede estar limitado por ninguna de las leyes de la materia, ¿por qué ha de ser extravagante imaginar cosas muertas, psíquicamente vivas, bajo formas —o ausencias de forma— que para los espectadores humanos deban ser absoluta y espantosamente «innombrables»? El «sentido común» al reflexionar sobre estos asuntos, aseguré a mi amigo con cierto ardor, no es sino una estúpida ausencia de imaginación y flexibilidad mental.

El crepúsculo se acercaba ya, pero ninguno de los dos sintió deseo alguno de dejar de hablar. Manton parecía poco impresionado por mis argumentos y ansioso por refutarlos, con esa confianza en sus propias opiniones que sin duda había causado su éxito como maestro; mientras que yo estaba demasiado seguro de mi terreno para temer la derrota. Cayó el anochecer, y las luces brillaron débilmente en algunas ventanas distantes, pero no nos movimos. Nuestro asiento sobre la tumba era muy cómodo, y sabía que a mi prosaico amigo no le molestaría la cavernosa grieta en la antigua mampostería de ladrillo, alterada por las raíces, que se abría justo detrás de nosotros, ni la negrura absoluta del lugar, provocada por la interposición de una vacilante casa desierta del siglo XVII entre nosotros y el camino iluminado más cercano. Allí, en la oscuridad, sobre aquella tumba hendida junto a la casa abandonada, seguimos hablando de lo «innombrable», y después de que mi amigo terminara sus burlas le hablé de las terribles pruebas que había detrás del relato del que más se había mofado.

Mi cuento se titulaba «La ventana del desván» y había aparecido en el número de enero de 1922 de *Whispers*. En bastantes lugares, sobre todo en el Sur y en la costa del Pacífico, retiraron las revistas de los quioscos tras las quejas de unos cuantos blandengues necios; pero Nueva Inglaterra no sintió el menor estremecimiento y se limitó a encogerse de hombros ante mis extravagancias. Se afirmaba que, para empezar, la cosa era biológicamente imposible; otra de esas locas murmuraciones campesinas que Cotton Mather había sido lo bastante crédulo para arrojar en su caótica *Magnalia Christi Americana*, y tan mal autenticada que ni siquiera él se había atrevido a nombrar la localidad donde ocurrió el horror. Y en cuanto al modo en que yo amplí la escueta anotación del viejo místico, aquello era del todo im-

posible y característico de un escritor fantasioso y lleno de ideas absurdas. Mather había contado, en efecto, que la cosa había nacido; pero nadie que no fuese un sensacionalista barato habría pensado en hacerla crecer, mirar por las ventanas de la gente durante la noche y permanecer escondida en el desván de una casa, en carne y en espíritu, hasta que alguien la vio en la ventana siglos más tarde y no pudo describir qué fue aquello que le volvió el cabello gris. Todo eso era una basura flagrante, y mi amigo Manton no tardó en insistir en tal hecho. Entonces le conté lo que había encontrado en un viejo diario llevado entre 1706 y 1723, desenterrado entre papeles familiares a menos de una milla de donde estábamos sentados; eso, y la segura realidad de las cicatrices en el pecho y la espalda de mi antepasado que describía el diario. Le hablé también de los temores de otros en aquella región, y de cómo fueron susurrándose durante generaciones; y de cómo ningún ataque de locura mítica acometió al muchacho que en 1793 entró en una casa abandonada para examinar ciertas huellas que se sospechaba que estaban allí.

Había sido una cosa sobrenatural: no es de extrañar que los estudiantes sensibles se estremecan ante la época puritana de Massachusetts. Tan poco se sabe de lo que ocurría bajo la superficie; tan poco, y sin embargo qué pavorosa supuración, que aflora putrescentemente en ocasionales vislumbres necrófagos. El terror de la brujería es un horrible rayo de luz sobre lo que fermentaba en los cerebros oprimidos de los hombres, pero incluso eso es poca cosa. No había belleza; no había libertad: podemos verlo en los restos arquitectónicos y domésticos, y en los sermones venenosos de los estrechos clérigos. Y dentro de aquella oxidada camisa de fuerza de hierro acechaban una fealdad balbuceante, perversión y diabolismo. Allí, en verdad, estaba la apoteosis de lo innombrable.

Cotton Mather, en aquel demoníaco sexto libro que nadie debería leer después del anochecer, no se anduvo con rodeos al lanzar su anatema. Severo como un profeta judío, y lacónicamente impasible como nadie lo ha sido desde sus días, habló de la bestia que había parido aquello que era más que bestia pero menos que hombre —la cosa del ojo manchado— y del miserable borracho y chillón al que ahorcaron por tener tal ojo. Eso contó, desnuda y escuetamente, aunque sin la menor insinuación de lo que vino después. Tal vez no lo sabía, o tal vez lo sabía y no se atrevió a decirlo. Otros lo sabían, pero no se atrevieron a decirlo: no hay indicio público de por qué se

murmuraba acerca del candado de la puerta que daba a la escalera del desván en la casa de un viejo sin hijos, quebrantado y amargado, que había colocado una losa de pizarra en blanco junto a una tumba evitada; aunque uno puede rastrear suficientes leyendas evasivas como para helar la sangre más aguada.

Todo está en aquel diario ancestral que encontré; todas las insinuaciones calladas y los furtivos relatos de cosas con un ojo manchado vistas en las ventanas de noche o en prados desiertos junto al bosque. Algo atrapó a mi antepasado en un oscuro camino del valle, dejándole marcas de cuernos en el pecho y de garras simiescas en la espalda; y cuando buscaron huellas en el polvo pisoteado encontraron las marcas mezcladas de pezuñas hendidas y zarpas vagamente antropoides. Una vez, un postillón dijo haber visto a un viejo persiguiendo y llamando a una cosa horrible, bamboleante y sin nombre en Meadow Hill, en las horas débilmente iluminadas por la luna antes del alba, y muchos le creyeron. Ciertamente, hubo extraños rumores una noche de 1710, cuando el viejo sin hijos y quebrantado fue enterrado en la cripta detrás de su propia casa, a la vista de la losa de pizarra en blanco. Nunca abrieron la puerta del desván, sino que dejaron toda la casa tal como estaba, temida y abandonada. Cuando salían ruidos de ella, susurraban y se estremecían; y esperaban que el candado de aquella puerta del desván fuera fuerte. Luego dejaron de esperarlo cuando ocurrió el horror de la rectoría, que no dejó ni un alma viva ni de una pieza. Con los años, las leyendas adoptaron un carácter espectral; supongo que la cosa, si era una cosa viva, debió de morir. El recuerdo había perdurado horriblemente; tanto más horrible por ser tan secreto.

Durante esta narración, mi amigo Manton se había quedado muy callado, y vi que mis palabras lo habían impresionado. No se rio cuando hice una pausa, sino que preguntó muy seriamente por el muchacho que se había vuelto loco en 1793, y que presumiblemente había sido el héroe de mi ficción. Le conté por qué el muchacho había ido a aquella casa evitada y abandonada, y observé que aquello debía interesarle, puesto que él creía que las ventanas retenían imágenes latentes de quienes se habían sentado ante ellas. El muchacho había ido a mirar las ventanas de aquel horrible desván a causa de los relatos sobre cosas vistas detrás de ellas, y había regresado chillando como un maníaco.

Manton permaneció pensativo mientras yo decía esto, pero poco a poco volvió a su actitud analítica. Concedió, a efectos dialécticos, que algún monstruo antinatural hubiera existido realmente, pero me recordó que ni siquiera la perversión más morbosa de la naturaleza tiene por qué ser innombrable o científicamente indescriptible. Admiré su claridad y persistencia, y añadí algunas revelaciones más que había recogido entre los ancianos. Aquellas leyendas espectrales posteriores, dejé claro, se referían a apariciones monstruosas más espantosas que cualquier cosa orgánica; apariciones de formas bestiales gigantescas, a veces visibles y a veces solo tangibles, que flotaban en las noches sin luna y rondaban la vieja casa, la cripta que había detrás de ella y la tumba donde un arbolillo había brotado junto a una losa ilegible. Tanto si tales apariciones habían acorneado o asfixiado hasta la muerte a algunas personas, como decían tradiciones no corroboradas, como si no, habían producido una impresión fuerte y constante; y aún eran temidas oscuramente por nativos muy ancianos, aunque en gran medida olvidadas por las dos últimas generaciones, quizá muriendo por falta de ser pensadas. Además, en la medida en que la teoría estética estaba implicada, si las emanaciones psíquicas de las criaturas humanas son grotescas distorsiones, ¿qué representación coherente podría expresar o retratar una nebulosidad tan gibosa e infame como el espectro de una perversa y caótica malignidad, ella misma una morbosa blasfemia contra la naturaleza? Moldeado por el cerebro muerto de una pesadilla híbrida, ¿no constituiría semejante terror vaporoso, en toda su repugnante verdad, lo exquisitamente, lo estridentemente innombrable?

La hora debía de ser ya muy avanzada. Un murciélago singularmente silencioso me rozó, y creo que también tocó a Manton, pues aunque no podía verlo sentí que levantaba el brazo. Al poco habló.

—Pero ¿esa casa de la ventana del desván sigue en pie y abandonada?

—Sí —contesté—. La he visto.

—¿Y encontraste algo allí, en el desván o en cualquier otro sitio?

—Había algunos huesos bajo los aleros. Tal vez fuesen lo que vio aquel muchacho; si era sensible, no habría necesitado nada en el cristal de la ventana para perder la razón. Si todos procedían del mismo objeto, debía de ser una monstruosidad histérica y delirante. Habría sido blasfemo dejar semejantes huesos en el mundo, así que volví con un saco y los llevé a la tumba

detrás de la casa. Había una abertura por la que pude arrojarlos dentro. No pienses que fui un idiota: deberías haber visto aquel cráneo. Tenía cuernos de cuatro pulgadas, pero una cara y una mandíbula parecidas a las tuyas y las mías.

Por fin sentí que un verdadero escalofrío recorría a Manton, que se había acercado mucho. Pero su curiosidad no se arredró.

—¿Y qué hay de los cristales de las ventanas?

—Habían desaparecido todos. Una ventana había perdido el marco entero, y en la otra no quedaba ni rastro de cristal en las pequeñas aberturas romboidales. Eran de ese tipo: las viejas ventanas de celosía que dejaron de usarse antes de 1700. No creo que hayan tenido vidrio desde hace cien años o más; quizá el muchacho los rompió, si llegó tan lejos. La leyenda no lo dice.

Manton volvió a reflexionar.

—Me gustaría ver esa casa, Carter. ¿Dónde está? Con cristales o sin ellos, tengo que explorarla un poco. Y la tumba donde pusiste esos huesos, y la otra sepultura sin inscripción... Todo el conjunto debe de ser un tanto terrible.

—La has visto, hasta que se hizo de noche.

Mi amigo estaba más alterado de lo que yo había sospechado, pues ante aquel toque de teatralidad inofensiva se apartó de mí de un salto nervioso y lanzó en verdad un grito, una suerte de jadeo entrecortado que liberó la tensión contenida. Fue un grito extraño, y tanto más terrible cuanto que obtuvo respuesta. Porque mientras aún resonaba oí un crujido en la negrura cerrada, y supe que una ventana de celosía se estaba abriendo en aquella maldita casa vieja que teníamos al lado. Y como todos los demás marcos se habían caído hacía mucho, supe que era el marco espantoso, sin cristales, de aquella demoníaca ventana del desván.

Entonces llegó desde aquella misma dirección temida una ráfaga nociva de aire fétido y helado, seguida de un alarido penetrante justo a mi lado, sobre aquella tumba hendida y estremecedora de hombre y monstruo. Un instante después fui derribado de mi banco macabro por el diabólico batir de alguna entidad invisible, de tamaño titánico pero naturaleza indeterminada; fui arrojado de bruces sobre el moho apresado por las raíces de aquel ce-

menterio abominable, mientras desde la tumba llegaba tal estruendo ahogado de jadeos y zumbidos que mi fantasía pobló la oscuridad sin rayos con legiones miltónicas de condenados deformes. Hubo un vórtice de viento glacial y marchitador, y luego el traqueteo de ladrillos y yeso sueltos; pero, misericordiosamente, me había desmayado antes de saber qué significaba.

Manton, aunque más pequeño que yo, es más resistente; pues abrimos los ojos casi al mismo tiempo, pese a sus heridas más graves. Nuestras camas estaban una junto a la otra, y en pocos segundos supimos que nos hallábamos en el hospital de St. Mary. Los enfermeros se agrupaban en torno a nosotros con tensa curiosidad, deseosos de ayudar a nuestra memoria contándonos cómo habíamos llegado allí, y pronto oímos hablar del granjero que nos había encontrado al mediodía en un campo solitario más allá de Meadow Hill, a una milla del viejo cementerio, en un lugar donde se decía que antiguamente se alzaba un matadero. Manton tenía dos heridas malignas en el pecho y algunos cortes o desgarrones menos severos en la espalda. Yo no estaba tan gravemente herido, pero me cubrían verdugones y contusiones del carácter más desconcertante, incluida la marca de una pezuña hendida. Era evidente que Manton sabía más que yo, pero no dijo nada a los médicos, desconcertados e interesados, hasta haber sabido cuáles eran nuestras lesiones. Entonces dijo que habíamos sido víctimas de un toro bravo, aunque el animal resultaba una cosa difícil de situar y explicar.

Cuando los médicos y las enfermeras se marcharon, susurré una pregunta sobrecogida:

—Dios santo, Manton, pero ¿qué era? Esas cicatrices... ¿era así?

Y estaba demasiado aturdido para exultarme cuando él susurró de vuelta algo que yo había esperado a medias:

—No... no era así en absoluto. Estaba por todas partes: una gelatina, un cieno... y sin embargo tenía formas, mil formas de horror más allá de toda memoria. Había ojos... y una mancha. Era el pozo, el torbellino, la abominación última. Carter, ¡era lo innombrable!

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB